

NUEVO LABORALISMO: ADIÓS Y MUY BUENAS

Las elecciones en el Reino Unido de mayo de 2010 marcarán un momento clave en la política británica. Después de trece largos años, el modelo económico del Nuevo Laborismo se encuentra en ruinas, pero el desenlace se ha pospuesto para después de las votaciones. Las medidas del gobierno para sostener la ilusión de normalidad, incluyendo operaciones de rescate de bancos, garantías sobre los activos y *«quantitative easing»* por valor de 950 mil millones de libras, han creado un enorme agujero en las finanzas públicas: el déficit se sitúa ahora en el 12,8 por 100 del PIB –más elevado que el de Grecia– y la deuda pública llegará el próximo año al 82 por 100 del PIB. A finales de 2009, el desempleo estaba camino de los 2,5 millones. Por todo ello, el momento presente es un intervalo extraño. El modelo Blair/Brown ha quedado desacreditado y las vías de financiación que el Nuevo Laborismo buscaba se han cerrado. Sin embargo, no está claro qué paradigma lo remplazará. A largo plazo, tampoco está claro si la crisis de 2008 traerá el regreso a la previa trayectoria de declive de la posguerra, de la que el Reino Unido parecía alejarse desde la década de 1990. Las elecciones no proporcionarán respuestas inmediatas a estas cuestiones, por más que producirán un gobierno que promete una ruptura radical con lo anterior. Pero la conciencia de esta amplia problemática debería tenerse en cuenta a la hora de valorar el Nuevo Laborismo, y estimularnos para examinar su mandato en un marco comparativo más amplio.

¿Cuál ha sido la característica más destacada del periodo de gobierno del Nuevo Laborismo, dentro del contexto internacional? En primer lugar, su duración: el laborismo, que formaba parte de una oleada de gobiernos de la Tercera Vía que llegaron al poder en la década de 1990, ha sobrevivido a todos ellos. En segundo lugar, su opción incondicional por el libre mercado, mucho más abierta y entusiasta que la de sus análogos europeos. Sin embargo, lo más distintivo ha sido su papel protagonista en las consecutivas agresiones militares de Washington: el atlantismo laborista ha superado no solamente al del SPD alemán, que respaldó los ataques en Kosovo y Afganistán pero se mostró reacio en Iraq, sino también al de gobiernos de centro derecha en Francia, Italia y España. Por último, el Nuevo Laborismo ha encabezado la tortura y represión dentro

de la Unión Europea, sobre todo desde 2001, cuando las repercusiones de su propia política exterior empezaron a mostrarse en el escenario interior.

La notable longevidad del Nuevo Laborismo ha dependido en buena medida del eclipse sin precedentes del Partido Conservador, que después de su expulsión del poder en 1997 desapareció para sufrir una prolongada sangría interna; sólo volvió a resurgir como contendiente después de 2005. Dentro del sistema bipartidista británico, una década sin una seria competencia dejó el campo libre para el laborismo, que –gracias también a las distorsiones del sistema de la lista más votada– se aseguraba mayorías considerables con niveles decrecientes de apoyo popular. En 1997, el 43 por 100 del voto proporcionó al laborismo el 63 por 100 de los escaños, lo que se tradujo en 179 asientos, más de los necesarios para disfrutar de la mayoría absoluta; una victoria aplastante alcanzada con el apoyo de menos de un tercio del electorado. En 2001, la mayoría fue levemente reducida a 167, con solamente una cuarta parte de los electores respaldando al partido vencedor. En 2005, la mayoría laborista descendió a 66, proporcionándole todavía más de la mitad de los escaños de los Comunes, con el apoyo de solamente el 22 por 100 del electorado total.

Si la ausencia *tory* proporcionó los fundamentos negativos de la «ingrátida hegemonía» laborista¹, su base positiva fue proporcionada por el largo *boom* económico que comenzó con el gobierno de Major y del que Downing Street continuó beneficiándose hasta 2008. Este periodo récord de expansión estaba fundamentado en la inflación de un conjunto de burbujas del precio de los activos, sobre todo en la vivienda, que, unido a la proliferación de productos financieros más complejos basados en la deuda, permitió la creación de un significativo efecto riqueza para los propietarios de viviendas y especuladores inmobiliarios británicos². El Nuevo Laborismo se aseguraba así el consentimiento pasivo de una parte significativa de la población, mientras no afrontaba ninguna aspirante a la legitimidad entre el resto. Esta continuidad con el legado económico de sus predecesores conservadores se relaciona a su vez con los determinantes del cariz ideológico del Nuevo Laborismo. Si el laborismo en el poder ha mostrado más abiertamente su lealtad al neoliberalismo que otros partidos de centroizquierda europeos, ello ha sido porque ha suscrito sus principios desde mucho antes y los ha seguido desde un mercado libre de vanguardia de mayor éxito. Thatcher fue capaz de infligir derrotas más graves al movimiento sindical y de sacar adelante la parte más dura de la privatización que cualquiera de sus co-

¹ Un relato anterior se encuentra en Susan Watkins, «A Weightless Hegemony», *NLR* 25 (2004) [ed. cast.: «Balance de situación del Nuevo Laborismo», *NLR* 25 (2004)].

² La proporción de propietarios de viviendas se ha reducido realmente con el laborismo: «en la década pasada, el laborismo parece haber tenido más éxito en crear terratenientes que en crear propietarios». Véase «Political ambitions put in jeopardy», *Financial Times*, 15 de abril de 2009.

legas europeos. Después de la década de 1980, en el Reino Unido no había una resistencia comparable a la que acogió las reformas de Juppé en 1995 o a la Agenda Hartz en 2003. Al mismo tiempo, el laborismo completó en la década de 1980 la «modernización» realizada por otros partidos en la década posterior, dejando la etapa final de su giro social-liberal para ser realizada por Blair a partir de 1994. Cuando el Nuevo Laborismo llegó al poder, lo hizo como heredero de Thatcher más que como oponente.

Con la llegada del momento de la verdad de las elecciones de 2010, los apologistas del Nuevo Laborismo han empezado a reunir argumentos en su apoyo. ¿Qué razones se han ofrecido para, a pesar de todo, votar todavía al laborismo? Se reúnen en tres categorías principales. La primera mantiene que los logros del laborismo han sido bastante positivos, pero que el gobierno simplemente ha fracasado en trasladar su éxito al público. La reducción de las listas de espera del NHS (Servicio de Sanidad Nacional) y el descenso de las cifras de criminalidad, por ejemplo, han quedado enterrados por una «gestión informativa» pobre; los mensajes clarificadores deberían hacer entrar en razón al electorado³. Una segunda línea de razonamiento es que prolongar la estancia en el poder del laborismo es la única manera de producir, finalmente, un regreso a su mejor esencia socialdemócrata⁴. La tercera categoría —la eterna posición por omisión entre los simpatizantes laboristas— insiste simplemente en que, por muy malos que hayan sido Blair y Brown, los conservadores serían peores: el gabinete descaradamente elitista de Cameron llevará a cabo recortes presupuestarios que perjudicarán a los servicios públicos y harán retroceder la causa de la justicia social⁵. Desde esta perspectiva, el laborismo, cualquiera que sean sus defectos, sigue siendo el mal menor y el único medio de mantener a raya el desastre de un gobierno *tory*.

¿Cómo se deberían valorar estos argumentos? El criterio principal debe ser el balance de gobierno del Nuevo Laborismo: ¿qué ha hecho con la *carte blanche* parlamentaria de la que ha disfrutado durante trece años y cuál ha sido este balance en comparación con sus predecesores conservadores? A continuación examinaré la situación del partido en sí mismo y los rasgos políticos de sus figuras dirigentes, la mejor manera de sopesar las oportunidades de una renovación socialdemócrata, antes de centrarme en

³ Polly Toynbee, «Labour does one thing really well—burying good news», *The Guardian*, 19 de julio de 2008.

⁴ Neal Lawson, «Bringing Labour together», *The Guardian*, 6 de enero de 2010.

⁵ Jackie Ashley, «Zoom in on Team Cameron», *The Guardian*, 24 de enero de 2010. Para una proyección alarmista de lo que podría ser Gran Bretaña en 2015 —un país donde la BBC ha sido castrada, los servicios locales están cada vez más reducidos, y la sanidad y la educación son propiedad de los mejores postores; una visión inquietantemente evocadora del presente—, véase Dominic Sandbrook, «What if... Cameron is worse than we imagined», *New Statesman*, 4 de febrero de 2010.

el carácter de la oposición *tory*, para evaluar las diferencias sustanciales entre los males que se ofrecen al electorado británico⁶.

«Adonde quiera que vayas, iré yo»

Si, desde una perspectiva global, el ferviente belicismo del Nuevo Laborismo ha sido su característica más distintiva, también marca la ruptura más clara —a peor— con sus predecesores *tory*. En la mayoría de los aspectos, los gobiernos de Major siguieron una convencional política exterior atlantista, participando sin objeciones en la Primera Guerra del Golfo y uniéndose a Estados Unidos para lanzar ataques aéreos sobre Iraq en 1996 (aplaudidos por Blair desde los escaños de la oposición). Pero las relaciones con la Administración Clinton eran frías: los secretarios de Exteriores Hurd y Rifkind se opusieron a la intensificación estadounidense de la guerra en Bosnia y al bombardeo de posiciones serbias. A partir de 1999, el Nuevo Laborismo asumió un papel mucho más activo. Dejando de ser un simple acompañante, Blair se convirtió en un activo defensor de los objetivos imperiales de Estados Unidos: insistiendo ante un reluctante Clinton para enviar tropas de tierra a Kosovo, enviando a Bruselas su propio equipo de relaciones públicas para hacerse cargo de los comunicados de la OTAN durante la campaña de bombardeo. En abril de 1999, obsequió a los estadounidenses con la primera teorización de la guerra neoimperial «humanitaria», la «doctrina de la comunidad internacional», algo que Clinton, inquieto por el escándalo Lewinsky, había estado demasiado ocupado para producir. Después del 11-S, Blair asumió el papel de sargento de reclutamiento de Bush, volando 75.000 kilómetros en ocho semanas para obtener apoyo para el ataque a Afganistán. La «coalición de los dispuestos», que llevó al despliegue simbólico de tropas de alrededor de 40 países sobre el largo sufrimiento de los afganos, en gran parte debe su existencia al Nuevo Laborismo. Los servicios secretos británicos ayudaron valientemente a los estadounidenses a torturar a detenidos y no pusieron objeciones a la desaparición de ciudadanos británicos en Guantánamo.

Mientras que Yugoslavia había sido bombardeada por motivos humanitarios y Afganistán para atrapar a Osama, había que encontrar una justificación diferente para la invasión de Iraq. El Nuevo Laborismo desempeñó un papel decisivo en ello, ayudando a fabricar pruebas aún menos creíbles

⁶ A pesar del evidente giro a la derecha del laborismo, el análisis crítico de su actuación desde la izquierda ha sido sorprendentemente débil —con honorables excepciones como Tom Nairn (*Pariab*, 2002), Tariq Ali (*Rough Music*, 2005), John Kampfner (*Blair's Wars*, 2004) y George Monbiot (*Captive State*, 2000)—. Muchos de los ataques más efectivos contra el Nuevo Laborismo han venido del centro liberal o de la derecha. Ejemplos de estos últimos se encuentran en Simon Jenkins (*Thatcher and Sons*, 2007), Peter Osborne (*The Triumph of the Political Class*, 2007) y Geoffrey Wheatcroft (*Yo, Blair!*, 2007); ejemplos de los primeros son Helena Kennedy (*Just Law*, 2004) y las contribuciones en la *London Review of Books* de Stefan Collini y Ross McKibbin.

que las proporcionadas por Estados Unidos, y llegando a echar al presidente y director general de la BBC cuando en un programa de radio se manifestaron dudas sobre las armas de destrucción masiva iraquíes. Las circunstancias que rodearon la muerte del experto en armas químicas que había hablado en la BBC, David Kelly, permanecen oscuras. Cuando no ha estado militarmente comprometido por su propia cuenta, el Nuevo Laborismo ha sido un servicial apologista de las guerras de otros. Blair empezó su mandato vendiendo armas para que Indonesia las utilizara en Aceh y fue empalagoso en sus alabanzas a Putin durante la devastación de Chechenia. En 2006, el laborismo ofreció apoyo incondicional al ataque israelí sobre Líbano. Cuando la ministra de Asuntos Exteriores israelí, Tzipi Livni, se encontró con que, si pisaba el suelo británico, podía ser encausada por su papel en esta guerra criminal, el secretario de Exteriores David Miliband aseguró a Tel Aviv que el Reino Unido enmendaría unas leyes tan desconsideradas. El nombramiento de Blair como enviado especial del Cuarteto a Oriente Próximo añadió el insulto burocrático a una década de sufrimiento humano.

¿Qué es lo que explica el extraordinario fervor del Nuevo Laborismo por las guerras de Estados Unidos? La explicación habitual es psicológica, señalando la fidelidad personal de Blair hacia Clinton o Bush con su histriónico servilismo, y que se ilustra con la promesa bíblica que hizo al primero en 1998, «adonde quiera que vayas, iré yo». Pero esto no puede explicar por qué, tragándose sus dudas, la mayoría del partido también le ha acompañado. Tradicionalmente, el Estado británico ha otorgado prioridad a los asuntos externos. En los tiempos postimperialistas, la persecución de la grandeza imperial se convirtió en un desesperado intento por mantener la estatura global por medio de la asociación con la potencia hegemónica. Pero los gobiernos anteriores, conservadores o laboristas, mantuvieron cierto margen para una línea política soberana: Wilson se negó a enviar tropas británicas a Vietnam, Heath denegó el espacio aéreo a los aviones de la USAF durante la guerra árabe-israelí de 1973, Thatcher declaró la guerra a Argentina en contra de los consejos estadounidenses, Major fue marginado en Yugoslavia. La principal innovación del Nuevo Laborismo ha sido prescindir de ese margen. El atlantismo de gobiernos anteriores tenía la Guerra Fría como punto de referencia, Blair inventó un nuevo tipo y adoptó un papel hipersubalterno carente de precedentes históricos. El diferente panorama internacional, ahora dominado por una única superpotencia, proporcionó el contexto para este giro, mientras que las corrientes interiores del partido que mantenían orientaciones exteriores diferentes, proeuropeas o antinucleares, se habían vuelto cada vez más débiles en el transcurso de la «modernización». En el momento en que Blair se hizo cargo de la dirección del partido, no había demasiado contrapeso a su tipo de atlantismo, ni ninguna oposición parlamentaria a la identificación total de las prioridades del país con las prioridades de Washington. De hecho, para el Nuevo Laborismo esa identificación se convirtió en el significado de la «relación especial», y la participación en invasiones y ocupaciones estadounidenses en su contenido definitorio.

En este terreno, lejos de ser un mal menor, el laborismo ha presidido una matanza mayor que cualquiera de sus predecesores. Las bajas ocasionadas por las guerras coloniales de Macmillan en Kenia y Adén quizá llegaron a los 20.000 muertos; la apoteosis de Thatcher en las Malvinas se produjo con un coste inferior a las 1.000 vidas; la Primera Guerra del Golfo, en la que participó Major, mató a unos 25.000 iraquíes. Las guerras del Nuevo Laborismo –Sierra Leona, Yugoslavia, Afganistán, Iraq– dejan atrás estas terribles cifras⁷. El peaje completo de muertes de civiles nunca se sabrá, pero probablemente esté cerca de las 750.000 personas; por sí misma, esta es una razón suficiente para que el laborismo sea expulsado del gobierno.

Los enemigos del interior

La agresiva coparticipación en la Guerra contra el Terror en el exterior ha resonado en la esfera doméstica con un abanico de medidas que marcan un bandazo hacia un nuevo territorio autoritario. Los ataques del 11-S fueron el eje central de este movimiento; antes de ellos, el ministerio del Interior del Nuevo Laborismo había presentado un conjunto de medidas en continuidad con las de los conservadores. Los secretarios de Interior de Major, Howard sobre todo, habían aumentado la retórica penal –trabajos carcelarios– e introducido un puñado de leyes dirigidas a poner freno al derecho a no declarar, a incrementar los poderes de la policía y a criminalizar una gama de actividades, mientras que desde los titulares de los periódicos alimentaban con agrado los ciclos de indignación para dirigirlos sobre cuestiones de emigración, ley y orden. Desde el comienzo el Nuevo Laborismo prometió una aproximación similar, esforzándose por emular a Howard en celo punitivo. Ello se reflejó en el creciente ritmo legislativo: mientras que Thatcher y Major aprobaron medidas de justicia penal una vez cada dieciocho meses, Blair introducía tres al año, alcanzando una asombrosa cifra de 1.036 nuevos delitos castigados con penas de prisión⁸. El índice de población reclusa en Gran Bretaña, de 124 por 100.000, es ahora el más alto de Europa⁹. La ley de Asilo e Inmigración de 1999 disparó la presión sobre los migrantes, excluyéndolos del acceso a beneficios e instituyendo su dispersión por todo el país; los centros de internamiento también crecieron enormemente.

⁷ A las cuentas de gobiernos anteriores habría que añadir el peaje en Irlanda del Norte posterior a 1967, cuando las muertes alcanzaron las 3.000 personas. Los cálculos sobre bajas en Afganistán e Iraq varían ampliamente: para las primeras un cálculo conservador, basado en informes de prensa y cifras de la ONU (el gobierno de Bush dejó clara su negativa a evaluar las bajas afganas) sería de 20.000 muertos desde 2001; para los segundos, la investigación más creíble se realizó en 2006 y daba una cifra de muertes desde 2003 de 654.965 (Gilbert Burnham y otros, «Mortality after the 2003 invasion of Iraq», *The Lancet*, 21-27 de octubre de 2006, pp. 1421-1428). Sería puro sofisma asignar solamente un porcentaje de estas bajas al gobierno de Gran Bretaña, habida cuenta de su papel en pro de las invasiones.

⁸ Respuesta escrita de Lord Bach a la pregunta HL 2252 de la baronesa Stern, 24 de noviembre de 2008.

⁹ Richard Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level*, Londres, 2009, pp. 145, 148.

Después de 2001, el Ministerio de Interior entró en una nueva fase: Blunkett organizó asaltos consecutivos sobre las libertades civiles, mientras que él y otros ministros competían en hostilidad hacia los inmigrantes. Entre 2002 y 2009, el Parlamento aprobó cuatro leyes sobre terrorismo, seis sobre vigilancia y delincuencia, cinco sobre emigración y asilo y una introduciendo un sistema de documento nacional de identidad. La mayor parte de este recrudescimiento del control invasivo, de la vigilancia y la sospecha recayó sobre musulmanes, tanto británicos como extranjeros; una forma de persecución oficializada que eclipsó cualquier cosa experimentada en el punto álgido de las campañas del IRA fuera del territorio irlandés. Las profundidades en las que había caído el país con la política racista laborista quedaron crudamente reflejadas en 2005 cuando, tras las bombas del 7 de julio, la policía de Londres irrumpió en el metro y mató de ocho disparos a un electricista brasileño, explicando más tarde que pensaron que era un musulmán. Desde luego, ha sido la política exterior laborista la que ha alimentado la aparición de grupos terroristas aficionados nacidos en el país y que nunca habían existido anteriormente. Como de costumbre, la respuesta del gobierno fue aumentar la legislación represiva. Desde 2003 el gobierno ha cuadruplicado el periodo durante el cual los sospechosos de «terrorismo» pueden permanecer detenidos sin cargos, de 7 a 28 días. El periodo comparable en Estados Unidos y Alemania es de 2 días¹⁰. En 2007, un proyecto de ley que ampliaba el plazo una vez más hasta los 42 días –la secretaria de Interior, Jacqui Smith, había abierto la puja con 56– fue aprobado por los Comunes pero derrotado en los Lores en 2008. El episodio constituye un adecuado resumen del historial laborista en política interna: después de haber socavado el derecho fundamental al *habeas corpus*, el laborismo se puso a debatir minuciosamente sobre cuánto más debía agravar dicha injusticia. La mejor manera, exagerar una amenaza creada por su propia política.

Brownomics

En la esfera económica, el panorama general es de un cambio menos dramático. Como último ministro de Economía de Thatcher, Major había llevado en 1990 al Reino Unido dentro del mecanismo de cambio del sistema monetario europeo anterior al euro, amarrando la libra dentro de un margen fijo respecto al marco alemán. El paso se produjo en términos desfavorables y en un momento malo: el país había empezado su caída en una recesión de dos años, con el estallido de las burbujas de activos en la década de 1980. Como era de esperar, en 1992 llegó la salida forzada del mecanismo de cambio y la devaluación de la libra. Para tranquilizar a los mercados, Lamont, secretario del Tesoro de Major, adoptó un riguroso régimen macroeconómico basado en contener la inflación. Pero

¹⁰ Véase el informe hecho público por Liberty en noviembre de 2007: Jago Russell, «Terrorism Pre-Charge Detention: Comparative Law Study».

tanto Lamont como Clark, su sucesor, constantemente resistieron las presiones para ceder el control de la política monetaria al Banco de Inglaterra. La recuperación comenzó en 1993 con un crecimiento estable –aunque sesgado hacia el sur y dominado por el sector servicios– que fue heredado por el gobierno laborista entrante.

Incluso antes de asumir el cargo, Brown había prometido mantener los niveles de gasto de los *torys* durante tres años, como prueba de la disciplina económica del laborismo. La persecución de la «credibilidad» a los ojos de los mercados fue el principio guía que había que alcanzar por medio de tres políticas clave: en primer lugar, la prudencia presupuestaria; en segundo, mantener el sistema de control de la inflación de los *torys*, pero retirándolo del control del gobierno. El Banco de Inglaterra quedó a cargo de la política monetaria para actuar como «baluarte contra el coroplacismo» que representaban los políticos electos¹¹. El tercer paso era instituir lo que Brown y sus consejeros triunfalmente llamaban una «regulación ligera» y que de hecho permitía que los propios bancos se regularan a sí mismos. Esto trajo una fenomenal expansión del papel de las finanzas, a medida que los fondos inundaban la City en la búsqueda de superbeneicios. Los crecientes flujos de capital permitieron a Balls alardear en 2006 de que Londres tenía «el 70 por 100 del mercado secundario de bonos, más del 40 por 100 del mercado de derivados, más del 30 por 100 de los mercados de divisas, más del 40 por 100 de las transacciones internacionales de valores de renta variable y el 20 por 100 de los prestamos bancarios internacionales»¹². Un imán para el sistema bancario en la sombra y para la opaca ingeniería financiera, la City se convirtió en el «Guantánamo de Wall Street», un lugar donde los operadores de Estados Unidos podían hacer en el exterior lo que no se les permitía hacer en casa¹³. La hipertrofia de las finanzas bajo la mirada laborista facilitó una burbuja del precio de los activos que rivalizaba con la de Estados Unidos; en algunos aspectos, la británica era proporcionalmente mayor¹⁴. La par-

¹¹ Para los orígenes de este marco político véase Ed Balls, *Euro-Monetarism*, Fabian Society Discussion Paper 14, diciembre de 1992. Balls, en aquél momento uno de los principales redactores económicos del *Financial Times*, se convertiría en 1994 en el principal consejero económico de Brown. Comenzando en 1997, Balls repetidamente se refería al modelo de Brown como de «discreción obligada»: el gobierno tiene cierta flexibilidad sobre el gasto, pero solo dentro de los duros límites del objetivo de la inflación a largo plazo. El término fue aparentemente inventado por el actual presidente de la Reserva Federal, Ben Bernanke, junto a Frederic Mishkin en «Inflation Targeting: A New Framework for Monetary Policy?», *NBER Working Papers* 5893 (1997).

¹² E. Balls, «The City as Global Finance Centre», discurso en Bloomberg, 14 de junio de 2006.

¹³ Peter Gowan, «Crisis in the Heartland», *NLR* 55 (2009), p. 16 [ed. cast.: «Crisis en el corazón del sistema», *NLR* 55 (2009)].

¹⁴ Citando cifras de la OCDE, Martin Wolf señaló que «la deuda hipotecaria del Reino Unido era del 126 por 100 del producto interior bruto a finales del pasado año, contra el 104 por 100 de Estados Unidos; la deuda total de los hogares británicos era del 164 por 100 del PIB a finales de 2006, contra el 140 por 100 en Estados Unidos; y sobre todo, la proporción de la deuda de los hogares respecto al PIB en el Reino Unido dio un saltó de 50 puntos entre 2000 y 2006, mientras que en Estados Unidos creció solo 37 puntos en el mismo periodo». Véase «Britain faces its own housing risk», *Financial Times*, 4 de octubre de 2007.

ticipación de las finanzas en el PIB también creció más que en ninguna otra parte, pasando del 22 al 32 por 100 entre 1999 y 2007, comparado con el incremento del 25 al 33 por 100 en Estados Unidos durante el mismo periodo y del 24 al 28 por 100 en los países de la OCDE.

El largo *boom* de las finanzas encubrió la falta de crecimiento en otras partes de la economía británica. Con la libra mantenida alta por la City, la producción industrial se contrajo más claramente con Blair y Brown de lo que lo había hecho con los *torys*: su participación en el PIB cayó del 26 al 22 por 100 entre 1979 y 1990; desde que el Nuevo Laborismo llegó al gobierno se ha desplomado desde el 20 al 12 por 100¹⁵. Esto ha reforzado el cambio demográfico del norte hacia el sur que empezó con Thatcher, a medida que las tierras industriales se han vaciado y las oportunidades de empleo se concentraron en el sector público o en la provisión de servicios en las áreas más prósperas del país. Para la mayoría de la población, los salarios bajos y la flexibilidad laboral se han convertido cada vez más en la norma, gracias a la no aplicación del salario mínimo y a lo que Blair alababa como «el mercado de trabajo más ligeramente regulado de cualquiera de las principales economías del mundo». Los simbólicos esfuerzos de redistribución, tales como el Crédito Fiscal para Familias Trabajadoras (desesperadamente fracasado en su ejecución), han sido poco más que medidas de escaparate electoral. Esto queda especialmente claro cuando son sopesados en relación a las masivas transferencias de riqueza sobre las que ha gobernado el laborismo. Las desigualdades de renta son mayores ahora de lo que lo eran cuando los laboristas llegaron al gobierno: el 20 por 100 más rico gana siete veces más que el 20 por 100 más pobre. A comienzos de la década de 1990, el 1 por 100 más rico poseía el 17 por 100 de la riqueza del país, con el laborismo su participación ha aumentado hasta el 21 por 100¹⁶.

Pese a todas las afirmaciones de Brown de haber entregado un periodo de expansión sin precedentes, el crecimiento del PIB durante sus 10 años de ministro solamente fue ligeramente mejor que con Major —una media del 2,7 por 100 frente al 2 por 100— y en ningún momento mayor que el punto álgido de 1994 con el 4,4 por 100. El hecho de que el crecimiento fuera sostenido durante 56 trimestres reflejaba el modelo de flujos financieros globales unido a una igualmente larga burbuja del precio de la vivienda —y a que en ausencia de un *boom* de las puntocom tampoco hubo una bancarrota puntocom— más que a una mejora de la gestión y dirección de la economía. El colapso de 2008 y la consiguiente recesión trajeron la descomposición de la llamada *brownomics* a medida que el laborismo corría en defensa de los bancos. Las cuentas del gobierno habían

¹⁵ *Financial Times*, 3 de diciembre de 2009.

¹⁶ Matthew Engel, «A Faustian pact that backfired spectacularly», *Financial Times*, 26 de mayo de 2009; R. Wilkinson y K. Pickett, *Spirit Level*, cit., p. 17, figura 2.1; Office for National Statistics, *Social Trends* 39 (2009), p. 67.

sido exprimidas desde hacía tiempo en nombre de la rectitud fiscal, pero cuando los precios de las acciones de los bancos cayeron en picado, el primer ministro se lanzó a una serie de transfusiones de efectivo y de garantías de los contribuyentes. Por el bien de la City, Brown ha roto dos veces su propio umbral de «prudencia» del 40 por 100 del PIB para la deuda del gobierno; mientras tanto, la población en general ha sido sometida a reducciones y pérdidas de propiedad a una escala que no se había visto en una generación. Durante 2009, el desempleo creció en medio millón de personas, una desaparición media de 1.400 empleos diarios, mientras que a principios de 2010 una propiedad estaba siendo «recuperada» por falta de pago cada once minutos¹⁷. Esto antes de la implantación de los dramáticos recortes presupuestarios con los que todos los principales partidos están comprometidos. Incluso mucho tiempo después de que Brown haya desaparecido permanecerá este desastroso legado de su cancillería.

La remodelación del sector público

¿Qué pasa con las afirmaciones del Nuevo Laborismo sobre el aumento del gasto en los servicios públicos, sanidad y educación? El elemento central del atractivo electoral del partido ha sido ese: a diferencia de los *torys*, se preocupaba por los servicios sociales. Un gobierno laborista haría todo lo que pudiera en este terreno. Sin embargo, una vez en el gobierno el laborismo empezó por proseguir con la restricción de gasto de los *torys*. Como resultado se intensificó realmente la ya larga escasez de inversión pública: el recorte total fue del 1,3 por 100 del PIB con Major al 0,6 por 100 en 1997-2001, las cifras más bajas de cualquier gobierno de la posguerra¹⁸. La mayor parte del programa de privatización había sido cumplido por los *torys*, aunque el Nuevo Laborismo vendió nuevos activos en los sectores energético, nuclear y de defensa, así como compañías de la infraestructura del Metro de Londres. Pero a partir de la década de 1990, más que la venta directa de activos a manos privadas, ahora se trataba de torrentes de ingresos públicos que se ofrecían a accionistas como ganancias garantizadas. Esto ha adoptado dos formas principales. En primer lugar, la subcontratación: con Major, las empresas públicas fueron alentadas a subcontratar la provisión de servicios con compañías privadas, abriendo el camino para un nuevo reino de mercantilización. Esta tendencia se extendió con rapidez con el laborismo, abarcando ahora desde la recogida de basura a escala local hasta la administración de la asistencia social, desde la odontología hasta las prisiones. Estos inmensos subsidios para los beneficios privados han ocupado una proporción significativa y creciente del desem-

¹⁷ John Lanchester, «The Great British Economy Disaster», *London Review of Books*, 11 de marzo de 2010.

¹⁸ Stephen Nickell, «The Assessment. The Economic Record of the Labour Government since 1997», *Oxford Review of Economic Policy* XVIII, 2 (2002), p. 118.

bolso gubernamental: en 2007 solamente la subcontratación, por valor de 68 mil millones de libras, representaba el 20 por 100 del gasto público¹⁹.

La segunda modalidad ha sido el plan de Iniciativa Financiera Privada (IFP) que, de todas las políticas conservadoras que el Nuevo Laborismo ha adoptado y después acelerado, quizá haya sido la más perjudicial por su impacto a largo plazo sobre los servicios públicos. Iniciada por Lamont a principios de la década de 1990, el IFP fue parte de un truco de contabilidad que permitiría mantener fuera de las cuentas del gobierno el gasto de capital; en vez de ello, los consorcios privados financiarían la construcción de infraestructuras públicas, que entonces serían retroarrendadas con contratos de 25 a 30 años. Grandes porciones de los fondos públicos quedarían hipotecados para pagar a los inversores detrás del consorcio. Que la IFP tendría unos costes financieros más elevados que la inversión estatal era algo bastante evidente: el coste del capital privado es mayor que el del endeudamiento público, unido además a que los contratos de las IFP tienen que incluir un sustancial rendimiento para los inversores²⁰. La justificación real del plan se encuentra más bien en la prestidigitación contable y en la ideología neoliberal: delegar cada vez más en el capital las funciones del Estado.

De modo característico, el Nuevo Laborismo rebautizó las IFP como APP –Asociación Pública-Privada, un nombre más emotivo– para después aumentar espectacularmente su alcance. Blair y Brown han sido defensores mucho más enérgicos del plan que sus predecesores: mientras que el gobierno de Major presentó 2 proyectos semejantes en el NHS, por ejemplo, el laborismo aprobó 8 en su primer año de gobierno y 17 en el segundo. En 2009, se habían contratado cerca de 150 proyectos de IFP solamente en el NHS, representando el 90 por 100 de la inversión de capital en sanidad desde 1997²¹. El compromiso del gobierno con la IFP no se limita a la sanidad; los contratos del IFP han florecido en terrenos que van desde la educación, el transporte y la defensa hasta las prisiones y los servicios de bibliotecas locales. En septiembre de 2009, de acuerdo con cifras del Tesoro, se habían firmado cerca de 900 proyectos con un valor combinado de capital de 72 mil millones de libras²². De hecho, el ritmo y alcance de la mercantilización del sector público ha aumentado con el Nuevo Laborismo: Major exploró gran parte del terreno; Blair y Brown dirigieron la ofensiva.

¹⁹ Simon Jenkins, *Thatcher and Sons*, Londres, 2007, p. 264.

²⁰ Los inversores acogidos a las IFP han sido capaces de acumular estos beneficios «refinanciando» la deuda original a un interés más bajo, mientras todavía cargaban al sector público el antiguo tipo de interés; así «inversores de la IFP del hospital de Norfolk y Norwich aumentaron su tasa de beneficio del 16 por 100 al 60 por 100 a través de la refinanciación». Véase Moritz Liebe y Allyson Pollock, «The experience of the private finance initiative in the UK's National Health Service», Centre for International Public Health Policy, agosto de 2009, p. 8.

²¹ M. Liebe y A. Pollock, «The experience of the private finance initiative», cit, p. 2.

²² Datos de Partnerships UK website.

El régimen macroeconómico laborista ha tenido otras consecuencias menos obvias para los servicios públicos. La delegación en el Banco de Inglaterra de la política monetaria «liberó al Tesoro», como señalaba Ball, permitiéndole extender su supervisión a otros departamentos²³. La concentración formal del poder presupuestario –por ejemplo por medio de las Revisiones Integrales del Gasto que se producían cada 3 o 4 años– ha sido acompañada por la propagación por todos los departamentos del gobierno de una manía por la cuantificación. La filosofía que apuntalaba esto era una filosofía de gestión: los servicios públicos necesitan ser espoleados para que funcionen. De nuevo aquí, el laborismo ha acelerado un desarrollo que comenzó con los *torys*, estableciendo un maremágnum de objetivos –Blair proclamó orgullosamente 500 en una conferencia del partido en 1999– que abarcaban todo, desde las listas de espera de los hospitales a las visitas a los museos, desde los índices de absentismo escolar a la cobertura de los medios de comunicación sobre la Autoridad para la Energía Atómica²⁴.

Mentes y cuerpos mercantilizados

El avance de la mercantilización ha traído pocas señales de ganancias tanto en eficiencia como en calidad; por el contrario, lo que se ha producido principalmente ha sido un deterioro dirigido por el mercado, lo cual queda especialmente claro en la sanidad. Claramente falto de financiación con Thatcher, el NHS vio incrementados sus recursos con Major, pero gran parte de ellos se fueron en reorganizaciones administrativas impuestas por la NHS Act de 1990 que instituía una «separación comprador/proveedor» entre, por una parte, las autoridades sanitarias y, por otra, un sistema parcialmente autónomo de «fideicomisos» del NHS, obligadas a «vender» sus servicios y a cuadrar las cuentas como lo haría una empresa comercial independiente. Para alentar todavía más la buena administración de los recursos, a partir de 1991 los hospitales tenían que pagar al Tesoro las «cargas del capital» –intereses sobre sus activos como, por ejemplo, tierras, edificios, equipos– que consumieron todavía más fondos²⁵.

Aunque el Libro Blanco laborista de 1998 sobre sanidad anunciaba el fin del principio del mercado interno, se mostró como una concesión puramente retórica: los sucesivos secretarios de Sanidad –Dobson, Milburn,

²³ E. Balls, «Delivering Economic Stability», *Oxford Business Alumni Annual Lecture*, 12 de junio de 2001.

²⁴ S. Jenkins, *Thatcher and Sons*, cit. p. 280; véase también el capítulo 13 para un relato sobre el auge del «culto a la auditoría».

²⁵ Para una documentada perspectiva de los cambios en el NHS desde 1979 hasta 2003, véase Allyson Pollock, *NHS Plc*, Londres y Nueva York, 2005, pp. 36-85. También estoy agradecido a Colin Leys por sus valiosos comentarios sobre esta sección y por permitirme leer su trabajo inédito de noviembre de 2009, «Reducing Social Democracy's Last Redoubt: the Privatization and Marketization of the NHS in England».

Reid, Hewitt, Johnson— han llevado adelante la fragmentación comenzada por los *torys*. Dobson pasó el control presupuestario de unos 480 «Grupos de Atención Primaria» [Primary Care Groups], más tarde renombrados Fundaciones [Trusts] y sucesivamente reducidos a unos 150 en Inglaterra; su sucesor Milburn dio un nuevo paso en 2003 introduciendo las Fundaciones Sanitarias [Foundations Trusts], que podían ser gestionados realmente como empresas comerciales sin ánimo de lucro. Mientras tanto, la NHS Act de 2000 buscaba una «economía mixta» en la sanidad, con lo que introdujo «Centros de Tratamiento Sectoriales Independiente» para competir con el sector público en cirugía optativa de bajo riesgo, y extendió el papel de las compañías privadas en la atención primaria y salud comunitaria. El mismo año se firmó un concordato que hacía la utilización de fondos públicos para operaciones en hospitales privados una práctica normal en vez de excepcional.

¿Cuál ha sido el impacto de estos cambios? Aunque la financiación del NHS creció significativamente a partir de 2000, a una media anual del 7 por 100 en términos reales, los costes de creación y funcionamiento del mercado interno consumen el 10 por 100 del presupuesto total del NHS; sumas considerables se han ido al desarrollo de nuevos estamentos gerenciales²⁶. La necesidad de los proveedores de la salud pública de centrarse en la cuenta de resultados ha traído una perjudicial combinación de recortes de personal, dilución de la disponibilidad de funciones y una atención más breve a los pacientes; las campañas para reducir el tiempo de espera han significado un aumento del número de reingresos, mientras que el recorte de gastos en los servicios subcontratados ha traído un descenso de los estándares de higiene. Aunque las IFP han creado nuevas instalaciones, su construcción ha estado guiada por la racionalidad de la inversión y no por la valoración médica de las necesidades de la población; en algunos casos son demasiado pequeñas para servir a la zona para la que supuestamente se construyen. Más perjudicial todavía, los pagos a los inversores en las IPF están asegurados durante una generación o más, lo cual constituye una sangría de recursos fuera de toda proporción con los beneficios a corto plazo. La paradoja característica del balance del Nuevo Laborismo en la sanidad es que en 2008 había 13.000 camas menos de atención inmediata y de ingreso que en 1999, mientras que se ha desarrollado un «florecente mercado de proveedores alternativos», dispuesto a sacar personal y recursos del NHS²⁷. Los avances hechos por los proveedores del sector privado en nombre de la «elección» han fomentado el desarrollo de un sistema de dos niveles, en el que los que pueden «copagar» obtienen acceso a un mejor abanico de opciones de trata-

²⁶ «El Instituto de Gestores de Atención Sanitaria recogió 1.700 categorías laborales independientes en 1995. En 2002 habían aumentado hasta 5.529»: S. Jenkins, *Thatcher and Sons*, cit. p. 289. Las cifras del mercado interno proceden de Leys, «Reducing Social Democracy's Last Redoubt».

²⁷ Sylvia Godden y Allyson Pollock, «Ten years on: were the targets of the NHS Plan achieved?», Centre for International Public Health Policy, octubre de 2009, p. 26.

miento. Esto ha producido un mosaico de desigualdades sanitarias que agravan los crecientes desequilibrios económicos sobre los que ha gobernado el Nuevo Laborismo.

El legado laborista en educación ha sido parecido: una continuidad básica de las políticas conservadoras unida a algunos sustanciales cambios a peor. La educación había sido un objetivo central del asalto de Thatcher contra el sector público por medio de recortes de financiación e iniciativas para introducir la competencia y la «elección». Major mantuvo este camino convirtiendo, en 1992, el montaje de los medios de comunicación del «ranking» de escuelas en política oficial. Pero el papel del capital privado todavía era limitado; se prestó mucha más atención al control del currículo. Los *torys* progresivamente restringieron el tamaño y disponibilidad de las becas estudiantiles, pero se detuvieron antes de introducir tasas de matriculación en la educación superior.

Lejos de revertir la fragmentación del sistema educativo comenzada con los *torys*, el laborismo la aceleró, multiplicando los tipos de escuelas y recompensando las diferentes actuaciones en el ranking de las mismas; como resultado, ahora los recursos tienden a acumularse en las áreas más prósperas, consolidando así las desigualdades que el laborismo se suponía que iba a afrontar. Las principales innovaciones laboristas fueron el establecimiento de «escuelas de fe» y de «academias municipales», financiadas por instituciones benéficas o patrocinadores privados. Las primeras, producto de la religiosidad de Blair, dieron un apoyo formal a las divisiones sectarias en la educación; las segundas dieron a las empresas una influencia sin precedentes sobre el entorno educativo de los niños. El gasto en infraestructuras se produjo principalmente a través de las IFP, con consecuencias para los presupuestos de las escuelas comparables a los que se produjeron en la sanidad. En la educación superior el laborismo ha ido más lejos de lo que se atrevieron los conservadores. En 1998 Blunkett introdujo tasas de matrícula y empezó a retirar paulatinamente las becas de comedor para estudiantes, reemplazadas por préstamos realizados en base a los recursos. En 2004, el tercer ministro de Educación laborista Charles Clark hizo aprobar las «tasas de matrícula variables», aumentando la cantidad que podían cargar las universidades, la mejor manera de permitir que floreciera la competencia. No menos filisteo que los *torys*, el laborismo ha buscado energicamente subordinar las becas a las necesidades de las empresas. Por ejemplo, en el Marco de Investigación de Calidad [Research Excellence Framework], introducido en 2009, la investigación tiene que ser evaluada de acuerdo con los «beneficios demostrables para el conjunto de la economía y de la sociedad», prácticamente definidos como «comercializar nuevos productos o procesos» o «crear nuevas empresas»²⁸.

²⁸ Véase Stefan Collini, «Impact on humanities», *Times Literary Supplement*, 13 de noviembre de 2009. Una severa crítica del Libro Blanco de 2004 se encuentra en S. Collini, «HiEdBiz», *London Review of Books*, 6 de noviembre de 2003.

Europeístas y reformadores

Las dos áreas donde el Nuevo Laborismo buscó más claramente diferenciarse de los *torys* en las elecciones de 1997 fueron Europa y –más tímidamente– la reforma constitucional. Aunque Thatcher se oponía visceralmente a una federación, había sido convencida para firmar el Acta Única Europea sobre la base de que introduciría un mercado libre continental. Howe, Hurd y Major no hicieron caso de las objeciones de la City a las intromisiones de Bruselas y pusieron a Gran Bretaña en el curso de unirse al euro. Major firmó el Tratado de Maastricht en 1992, pero triunfalmente logró eximir al Reino Unido de su Carta Social; sin embargo, el gesto no hizo nada para desactivar las eurotensiones que iban a paralizar a su partido desde entonces. El Nuevo Laborismo llegó al gobierno con el eslogan «Fuertes con América, fuertes en Europa», y fue saludado con grandes aclamaciones en el continente. La legislación europea de derechos humanos fue incorporada a las leyes británicas en 1998. Pero Brown rápidamente se movió para disipar las preocupaciones de la City sobre el euro, y más tarde buscó imprimir sobre sus homólogos europeos la superioridad del modelo anglosajón. El Nuevo Laborismo fue decisivo para dividir a la UE sobre el tema de Iraq y sobre la nominación del favorito de Washington, José Manuel Durão Barroso, como presidente de la Comisión. Después de haber prometido un referéndum sobre la Constitución de la UE, Blair afirmó entonces que el Tratado de Lisboa no lo hacía necesario; en 2008, Brown lo pasó a hurtadillas por el Parlamento. Al año siguiente, Blair se ofrecía a sí mismo como candidato a la presidencia de una Unión que no se había atrevido a defender delante de su propio electorado.

Las reformas constitucionales del laborismo son quizá el aspecto más distintivo de su legado doméstico, la única cosa que los *torys* no hubieran hecho. Desde 1998 el gobierno ha devuelto poderes significativos a los recién establecidos Parlamentos de Escocia, País de Gales e Irlanda del Norte, ha introducido alcaldes elegidos en una docena de ciudades y una Asamblea local en Londres. Vistos de cerca, los componentes no ingleses de lo que Tom Nairn llama *Ukania* han aumentado ahora el control sobre sus propios asuntos, permitiéndoles rechazar algunas de las peores políticas laboristas; no hay tasas de matriculación en las universidades escocesas y no hay cargas sobre las recetas médicas en Gales. En Irlanda del Norte, Blair no tardó en atribuirse en 1998 el mérito por los Acuerdos del Viernes Santo, entonando «este no es momento para frases lapidarias», para añadir «siento la mano de la historia sobre mi hombro». Pero esto llegó después del trabajo preliminar realizado por Major, Bruton y el enviado de Clinton, George Mitchell. Desde entonces, el regreso del autogobierno a Irlanda del Norte ha sido en general más parcial y titubeante que en Escocia o Gales, con las continuas quejas de los partidos unionistas por las demandas del Sinn Féin.

En una perspectiva histórica más larga, estas reformas no han resuelto ninguna de las contradicciones entre las múltiples partes de *Ukania*; en todo

caso las han exacerbado al extender a la periferia derechos electorales que entran en tensión con los del centro inglés, la así llamada «cuestión de Lothian occidental»²⁹. En este terreno, el Nuevo Laborismo ocupa una posición ambigua en la trayectoria del Estado británico: su periodo de gobierno ¿ha sido una subfase dentro de la larga «descomposición de Gran Bretaña» prevista por Nairn, o una exitosa acción de prevención contra esa posibilidad, que asegura la continuidad de la existencia de la Unión ofreciendo bocados de democracia? Responder a eso necesitaría un análisis más extenso de lo que es posible aquí, y quizá también el beneficio del distanciamiento histórico. Lo que es cierto es que otros componentes del programa constitucional del laborismo han exhibido un sello característico que combina falsedad y chanchullos. Una vez que los dirigentes laboristas vieron el tamaño de la mayoría que les había dado el sistema de la lista más votada, dejaron aparcada una comisión sobre la representación proporcional. En vez de ello, se pusieron a empaquetar la Cámara de los Lores. Más que crear una cámara alta elegida, la Ley de la Cámara de los Lores de 1999 reemplazó la mayoría de títulos hereditarios por nombramientos, permitiéndole recompensar con títulos a compinches y donantes del partido. El índice de crecimiento de la economía de favores puede medirse por el número de Lores creados por los sucesivos primeros ministros: una media de 18 al año con Thatcher, 25 con Major y 37 con Blair. En el escándalo sobre el «dinero para títulos» de 2006-2007, Blair se convirtió en el primer jefe de gobierno en funciones en ser interrogado por la policía en una investigación criminal, mientras que el hombre del malletín del partido, Lord Levy, fue arrestado dos veces. El laborismo ha convertido la Cámara de los Lores, anteriormente un bastión de privilegios heredados, en un instrumento de corrupción: el gobierno de Brown contiene el mayor número de Lores desde los días de Lloyd George.

La ulterior devaluación de la Cámara de los Lores es parte de una corrosión más general de la cultura política británica bajo el Nuevo Laborismo. Los años finales del gobierno de Major se vieron empañados por una serie de escándalos que tuvieron un papel central en la derrota final de los *torys* en 1997, desde revelaciones sobre «actividades inmorales» y perjurios ministeriales, hasta el pago en efectivo por presentar preguntas parlamentarias. Blair llegó al gobierno prometiendo que su gobierno sería «más puro que la pureza», pero en la práctica la corrupción ha sido un rasgo integral del gobierno laborista. Ha adoptado una serie de formas, desde la manifiesta venta de la política del Estado –la enmienda de 1997 sobre publicidad en las carreras de Fórmula Uno, tras una donación del empresario millonario Bernie Ecclestone, fue un ejemplo temprano– a la continua confusión de la vida personal con el cargo público. La publicación en 2009 de detalles de los gastos de los parlamentarios indica lo ex-

²⁹ Un parlamentario escocés sentado en Westminster puede decidir sobre cuestiones que atañen exclusivamente a Inglaterra, pero un parlamentario inglés no puede hacer lo mismo respecto a Escocia.

tendido que se ha vuelto esta clase de abuso y el efecto tan acusado que ha tenido en los estándares de honestidad: un comentarista manifestó aliviado que sólo la mitad de los 752 actuales y antiguos parlamentarios investigados habían sido cogidos estafando al sistema³⁰. En mayo de 2009, con la derrota en el horizonte, 52 parlamentarios laboristas estaban buscando la continuación de sus beneficios solicitando su nominación a la Cámara de los Lores.

La extensión de la corrupción fue facilitada por la complicidad de los medios de comunicación. Con Blair, las esferas de la política y el periodismo se volvieron simbióticamente interdependientes, tanto en términos de personal como de funciones: los periodistas eran contratados como consejeros clave de Downing Street, y a la inversa; las políticas del gobierno se orientaron a las necesidades de los tabloides, mientras la información política se mostraba aduladora con las fechorías ministeriales³¹. La corriente de indulgencia mutua alcanzó su apogeo en el caso de Rupert Murdoch, un visitante tan asiduo del número 10 que un antiguo responsable de prensa le describió como el «miembro número veinticuatro del gabinete»³². El papel de los medios de comunicación en el gobierno del Nuevo Laborismo es el reflejo de un cambio más profundo en el *modus operandi* del gobierno. La Administración de Blair se caracterizó por un creciente estilo presidencial, de «gobierno de sofá», dependiente de un círculo de consejeros y relaciones públicas. Brown tenía en Hacienda su propia versión de esta estructura y la trasladó a la oficina del primer ministro en 2007. Este cambio operativo ha producido una drástica restricción del debate sobre temas fundamentales entre cualquiera de los que públicamente podían ser considerados responsables —el gabinete tomó la decisión de invadir Iraq en menos de una hora— mientras que los ministros y consejeros no elegidos se han multiplicado. Junto a este declive en la responsabilidad ha llegado un descenso en el tono general del gobierno. Blair fue el mayor exponente de esto, como manifestaba con su *faux*-populista abrazo del culto a la celebridad y su temerosa adoración de los superricos; su mejor amigo es Silvio Berlusconi. El portavoz de Blair, el antiguo periodista de los tabloides Alastair Campbell, fue el principal representante de la grosera y vengativa cara del Nuevo Laborismo; fue él quien acosó a David Kelly, el experto en armas, hasta su muerte en 2004, y juraba «que

³⁰ Michael White, «The good news about MPs' expenses», *The Guardian* website, 4 de febrero de 2010.

³¹ John Lloyd protestó de que Mandelson, obligado a dimitir dos veces por mentir sobre un préstamo dudoso y favorecer ilegítimamente la solicitud de pasaporte de un donante del laborismo, había sido perseguido «esencialmente por ser humano»; mientras que Polly Toynbee se encogía de hombros ante las transgresiones de Blunkett: «¿Qué es la moralidad de la política para poder juzgarla?». Véase John Lloyd, «Media Manifesto», *Prospect*, octubre de 2002; Polly Toynbee, «Labour should ignore the media, not appease them», *The Guardian*, 22 de diciembre de 2004. Para una mordaz crítica del «periodismo clientelista», véase Peter Osborne, *Triumph of the Political Class*, Londres, 2007.

³² Lance Price, «Rupert Murdoch is effectively a member of Blair's Cabinet», *The Guardian*, 1 de julio de 2006.

jodería a la BBC» por atreverse a cuestionar la sabiduría de la invasión de Iraq. Las tensas relaciones de Brown con Blair, de berrinche en berrinche, causadas típicamente no por cualquier desacuerdo político fundamental, sino por cuándo exactamente Brown iba a tomar el relevo, añadieron un elemento de culebrón a la deprimente y mezquina mentalidad en el corazón del ejecutivo³³.

Intentos de rescate

Lejos de proporcionar razones para votar laborista, el balance del partido en el gobierno constituye un catálogo de motivos para apearlo del mismo. ¿Qué decir del argumento de que todavía se pueda persuadir al laborismo para que regrese a su mejor esencia socialdemócrata? Como se ha señalado, el partido realizó su giro liberal mucho antes que sus homólogos europeos, aceptando las resoluciones thatcherianas y abandonando cualquier programa de redistribución para invertir las catastróficas derrotas electorales de la década de 1980. Kinnock marcó la primera etapa de este cambio, Blair su culminación. El impulso dominante que había detrás no era tanto ideológico como instrumental: una búsqueda de la elegibilidad más que una conversión damascena. Esto produjo un progresivo vaciado del partido bajo el signo de una «modernización» dirigida desde arriba. Con Blair, la conferencia del partido se convirtió en una cámara de amplificación de los pronunciamientos desde las alturas. En 2003, Stuart Hall describió al Nuevo Laborismo como poseedor de una identidad híbrida: una corriente dominante neoliberal ayudada a implantar su estrategia por una corriente socialdemócrata subordinada³⁴. Actualmente es difícil encontrar alguna evidencia de ésta última: la enorme subida de impuestos en 2008 sobre los cinco millones de hogares con menos ingresos, gracias a la abolición de la tasa de los 10 peniques, fue una clara demostración de que esa gente no cuenta para nada en Downing Street. En el camino hacia las elecciones, el Nuevo Laborismo se ocupa de boquilla de los problemas de la clase trabajadora; pero semejantes gestos significan poco más que restos de retórica socialdemócrata, lanzada a la base del partido mientras sus dirigentes avanzan con determinación en dirección contraria.

El vacío en el núcleo del partido ha sido ocupado por el conformismo y el arribismo, mientras el hambre por el triunfo electoral le ha distanciado aún más de sus orígenes en el movimiento obrero. Esto no se ha producido sin costes, como indicaba el constante declive del voto y todavía más el índice de abstención en los bastiones industriales del partido. Aquí el laborismo se ha mantenido a flote por la falta de alternativas electorales.

³³ Para un relato exhaustivo de un cronista de la corte del Nuevo Laborismo, véase Andrew Rawnsley, *The End of the Party*, Londres, 2010.

³⁴ Stuart Hall, «New Labour's double-shuffle», *Soundings* (noviembre de 2003).

Pero aún así, uno de los rasgos más llamativos de la última década ha sido el grado en que gente con una larga trayectoria de apoyo al partido, ahora se niegan a votar por él, incluyendo a muchos que han sido miembros del mismo. Éste es otro índice de la degeneración del mismo: su militancia descendió a la mitad en la década posterior a 1997 y ahora ha alcanzado un mínimo histórico de 166.000 militantes. Realmente el fenómeno del declive de la militancia partidista no se limita al Reino Unido, pero incluso dentro del panorama general de descenso de la militancia, el laborismo se encuentra en peor estado que sus homólogos europeos: el PS francés, famoso por ser una colección de *notables*, actualmente tiene alrededor de 200.000 miembros; en Alemania el SPD es bastante más grande, 500.000; mientras que el PD italiano afirma tener 800.000 *iscritti*. Se puede discutir acerca de la influencia real sobre la política de cualquiera de estos miembros, pero está claro que el Partido Laborista se encuentra con una falta comparativa de cuadros, que se vuelve más aguda por una sucesión de derrotas en las elecciones locales desde 2003. Mientras tanto, los millonarios que, con Blair, proporcionaron la mayor parte de los fondos del partido, ya han desertado. En este contexto, es difícil prever una temporada en la oposición que sirva para galvanizar el partido de nuevo: la base que podría ser reactivada se está encogiendo y las fuentes de fondos para semejante giro se están secando. Parece que el laborismo está bien encaminado para convertirse no tanto en un partido como en una entidad paraestatal, dependiendo cada vez más de los cargos gubernamentales para su existencia.

El declive de la popularidad del laborismo ha llevado a frenéticos intentos para restaurar la suerte del partido mediante un cambio de líder. En 2005, con la credibilidad de Blair dañada por la Guerra de Iraq, algunos comentaristas estaban sugiriendo una estrategia de «vota a Blair, consigue a Brown». Pero el entonces secretario del Tesoro era tan arquitecto del Nuevo Laborismo como Blair, corresponsable de idear e implantar su agenda desde 1994; Brown está quizá más comprometido con la mercantilización de lo que lo estaba Blair, y apoyó de todo corazón las guerras de éste último. Su actuación como primer ministro ha traído pocas alteraciones en la política. Los principales aspirantes para reemplazarle —actualmente David Miliband, Harriet Harman o Alan Johnson— están cortados con el mismo patrón del Nuevo Laborismo y han sido desde el principio parte integral del proyecto Blair/Brown³⁵. Miliband encabezó el departamento Político de Blair desde 1997 hasta 2001 y fue la fuerza principal detrás del hiperactivo establecimiento de objetivos de aquellos años. Parlamentario desde 2001, ha apoyado imperturbablemente la actuación del gobierno en Iraq, y votó para restringir el asilo y endurecer la legislación sobre inmigración. Como secretario de Exteriores respondió a las revela-

³⁵ Polly Toynbee, anteriormente una partidaria de Brown, empezó en 2008 a señalar que Miliband era «el hombre que tenía que liberar al partido del cautiverio de una dirección desastrosa», *The Guardian*, 2 de agosto de 2008.

ciones sobre la complicidad británica en las torturas de la CIA afirmando, por un lado, que no eran ciertas y, por otro, que en cualquier caso, habían sido desveladas «gracias a los esfuerzos del gobierno británico», combinando el pavoneo sofista con siniestras disculpas³⁶.

Los rivales de Miliband por la dirección del partido han sido igualmente ardientes defensores de las guerras laboristas. Harman habla mucho de su compromiso con la igualdad social y de género, pero como responsable de la Seguridad Social no dudó en implantar un severo recorte de prestaciones cuyo peso ha caído con fuerza sobre mujeres desfavorecidas. Su actitud frente a la ciudadanía está quizá compendiada por el hecho de que utilizó un chaleco de seguridad para una gira por su propia circunscripción en Peckham. Johnson, un burócrata sindicalista poco brillante, fue incorporado al gabinete de Blair en 2004, y desde entonces ha ocupado cuatro cargos en 5 años, haciéndole difícil igualar el fervor legislativo de sus diversos predecesores. Pero en los ministerios de Sanidad e Interior no ha dado señales de diferir de la agenda del Nuevo Laborismo, y tanto él como Harman han estado lealmente con el gobierno en más del 99 por 100 de las votaciones de la Cámara de los Comunes. Jon Cruddas, una esperanza de lo que queda de la «izquierda laborista», es levemente más crítico, votando en contra de las matrículas variables, de la renovación de la disuasión nuclear de los Trident y de determinadas cláusulas de las leyes laboristas sobre inmigración; pero en todos los demás temas –Afganistán, Iraq, legislación criminal, cuarenta y dos días de detención para los sospechosos de terrorismo– ha tenido una trayectoria ejemplar dentro del Nuevo Laborismo, como uno puede esperar de un antiguo consejero político de Blair. Los principales aspirantes apenas se diferencian políticamente de lo que reemplazarían, y parece que hay poca esperanza de heterodoxia en el resto del partido. Resulta indicativo que, a principios de 2010, cuando elementos de los escalones superiores del partido hicieron un incompetente intento de golpe dirigido contra Brown, no sólo no tenían un programa alternativo, sino que tampoco tenían ninguna propuesta concreta sobre a quién podían apoyar en su lugar. El programa legislativo avanzado por el laborismo –documentos de identidad, renovación del Trident, privatización del Servicio de Correos– demuestra ampliamente lo estéril que es en la actualidad el panorama mental del partido. En marzo de 2009 no le faltaban razones a un tradicional partidario del laborismo cuando preguntaba: «¿Quién se preocuparía si el Partido Laborista, política y moralmente decrepito como está, perdiera las próximas elecciones? ¿Hay alguien que vaya a perder una noche de sueño por saber que el actual gobierno dejará de estar a cargo de nuestro futuro?»³⁷.

³⁶ David Miliband y Alan Johnson, carta a *The Guardian*, 12 de febrero de 2010.

³⁷ Ross McKibbin, «Will We Care When Labour Loses?», *London Review of Books*, 26 de marzo de 2009.

¿El mal menor?

¿Qué pasa con el tercer argumento levantado a favor del laborismo de que, a pesar de de todas sus faltas, sigue siendo preferible a los conservadores? Es evidente que a pesar de la repulsión que el electorado británico siente por el Nuevo Laborismo, ha mostrado poco entusiasmo por sus oponentes *torys*; el estigma que todavía les acompaña constituye uno de los pocos legados positivos de la década pasada. Ciertamente produce poco entusiasmo un gobierno formado por el actual banquillo de la oposición, una mezcla de pijos mimados, como David Cameron y el responsable del Tesoro de la oposición George Osborne, junto a atavismos de los años de Major, como el portavoz Francis Maude. El encargado de asuntos exteriores, William Hague, fue uno de los más ineptos dirigentes del partido durante su travesía del desierto, su actual jerarquía indica una evidente sequía de cerebros y de talento. Figuras como el consejero político, Oliver Letwin, y el portavoz de Defensa, Liam Fox, son defensores de una medicina de mercado más severa, pero con una capacidad intelectual notablemente inferior a sus modelos thatcherianos.

Sin embargo, lo que es más llamativo del Partido Conservador de Cameron no es cualquier devoción atávica hacia Thatcher, sino lo estrechamente que se ha modelado sobre el Nuevo Laborismo. Cameron ha adoptado una retórica de «cambio» y «modernización», hablando de justicia social y servicios públicos mejorados, con una dosis adicional de simpatías ecológicas; un garabato de un árbol se aprobó como nuevo logotipo del partido en 2006. Los estrategias del partido se han ocupado de la misma clase de «triangulación» que realizó el laborismo, adecuando las afirmaciones políticas a las preocupaciones de votantes indecisos en distritos marginales. También hay un paralelismo en el papel del antiguo editor de tabloides, Andy Coulson, como relaciones públicas de Cameron, y en la dependencia del partido de la generosidad de millonarios: Osborne al parecer presionó para conseguir una donación del oligarca ruso Oleg Deripaska mientras estaba de invitado en su yate junto a Peter Mandelson. El principal donante de los *torys* durante estos años ha sido su vicepresidente, el empalagoso evasor de impuestos Lord Ashcroft. Como el Nuevo Laborismo, los actuales conservadores también muestran sin reparos su admiración por sus supuestos antagonistas: en 2003 el actual portavoz de la oposición para asuntos escolares, Michael Gove, dijo sobre su propia actitud hacia Blair: «Es lo que Isolda sintió cuando cayó en brazos de Tristán»³⁸.

Las similitudes entre los dos partidos se extienden profundamente en el reino de la política hasta el punto de que, a medida que las elecciones se aproximan, parece que realmente no hay nada que elegir entre ellos. Ambos están dispuestos a efectuar tremendos recortes presupuestarios para

³⁸ Michael Gove, «I can't fight my feelings any more: I love Tony», *Times*, 25 de febrero de 2003.

restaurar las finanzas públicas, pero ambos han evitado cuidadosamente entrar en demasiados detalles sobre dónde exactamente se producirán éstos. Ambos han dicho que harán una «cerca» alrededor de los presupuestos de sanidad, educación y desarrollo exterior, haciendo recortes medios del 16 por 100 en otros lugares, contracción nunca vista en Gran Bretaña, lo que producirá una severa reducción de los servicios públicos y un despido generalizado en el sector público, que viene implícita por los pronunciamientos de ambos partidos. Incluso retóricamente, la única diferencia se encuentra en el ritmo: los *torys* prefieren apretar ahora en vez de esperar³⁹. Osborne también ha sacado a flote la idea de subir el IVA hasta el 20 por 100 y recortar el tipo impositivo de las empresas un 25 por 100, una flagrante combinación regresiva que desde entonces el partido ha tratado de minimizar. Con respecto a los servicios públicos, los conservadores han criticado las reformas de Blair por ser demasiado tímidas, y pueden intentar profundizar más la fragmentación que el Nuevo Laborismo ha realizado en educación y sanidad. Pero la prioridad para cualquier gobierno venidero será la drástica reducción de los presupuestos que puede limitar su margen para emprender al mismo tiempo grandes ofensivas políticas. Es posible que las luchas contra el inminente giro hacia la austeridad ganasen mayor empuje oponiéndose a un gobierno *tory* que a otra Administración laborista, ya que los primeros no serían capaces de adormecer a los sindicatos tan efectivamente. Pero, en conjunto, la distinción entre las alternativas a las que se enfrenta el electorado es, como ha señalado Ross McKibbin, «una diferencia solamente de inclinación o sesgo»⁴⁰.

Enfrentando estas perspectivas –un salón de espejos político– ¿hay alguna razón para encontrar preferible al laborismo? Los argumentos a favor, como el del mal menor, descansan sobre una serie de falsos supuestos. En primer lugar, la idea de que hay un criterio político o social de principio que exige lealtad al laborismo. Cualquiera que haya sido el significado de esos compromisos, la propia transformación del partido en su persecución del poder los ha vaciado de cualquier contenido real, convirtiéndolos en poco más que símbolos subpolíticos de identidad. No hay ninguna razón por la que los votantes deban mostrarse más sentimentales con el Partido Laborista de lo que se ha mostrado él con ellos. En segundo lugar, la idea de que un rechazo del Nuevo Laborismo significa necesariamente votar conservador: la abstención, los votos nulos o el voto para uno de los partidos minoritarios a los que el sistema parlamentario británico niega representación, son opciones perfectamente honorables. Dentro de la actual ciénaga del parlamentarismo británico, cualquier iz-

³⁹ De acuerdo con Martin Wolf, del *Financial Times*, la diferencia «no es tan grande: en las previsiones de referencia puede que sea solamente cuestión del 1 por 100 del PIB en 2015-2016. El contraste es más retórico que político»: «The British election that both sides deserve to lose», *Financial Times*, 12 de marzo de 2010. Véase también Lanchester, «The Great British Economy Disaster».

⁴⁰ McKibbin, «Will we notice when the Tories have won?», *London Review of Books*, 24 de septiembre de 2009.

quiera consistente no se debería limitar a un solo enemigo, sino que debería pasar a combatir el podrido edificio entero, lo mejor para encontrar una salida del mismo. En tercer lugar, aquellos que siguen defendiendo otro mandato para el Nuevo Laborismo ignoran el hecho de que, en un sistema donde las diferencias políticas son mínimas, a ningún gobierno se le debería permitir continuar indefinidamente en el poder, y menos que su corrupción continúe sin obstáculos. La idea de que una temporada en la oposición puede realmente hacer algún bien a un partido gobernante, aunque ampliamente extendida en décadas pasadas, se expresa raramente en la actualidad, lo que en sí mismo es un indicativo de la degeneración del sistema.

Pero seguramente el argumento definitivo contra el Nuevo Laborismo es un simple principio democrático. Cualquier gobierno con un balance tan espantoso como este merece ser castigado en las urnas, si es que la responsabilidad ante los votantes tiene que tener algún significado. Los detalles del balance del Nuevo Laborismo –una guerra criminal tras otra, la servil devoción a las finanzas, el fomento de una rampante desigualdad, los repetidos asaltos a las libertades civiles, la fragmentación y privatización de los servicios públicos, la escandalosa corrupción– dejan claro que son completamente merecedores de ser puestos en la calle. Adiós y muy buenas; este gobierno execrable merece desaparecer.